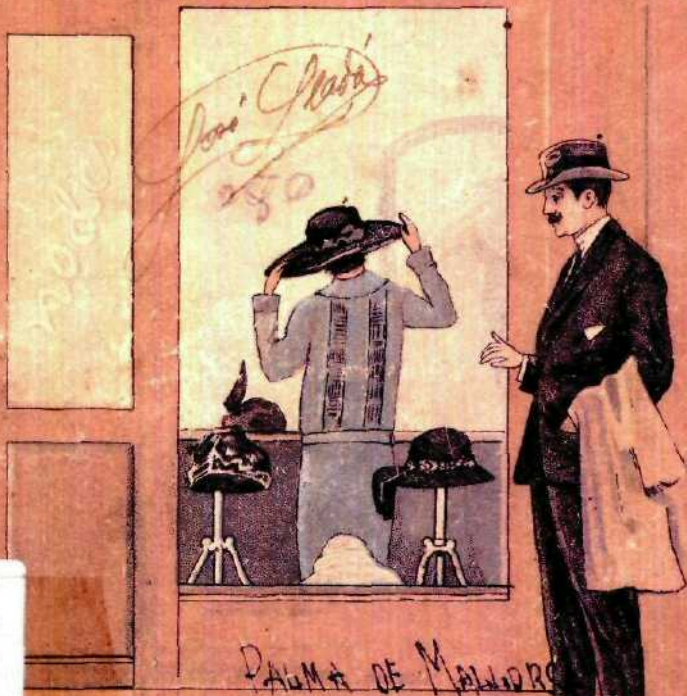


5889

La Novela Semanal



EL EXTRANJERO
por Carmen de Burgos
Precio. 25 Cts.

La Novela Semanal

PUBLICACIONES PRENSA GRAFICA

AÑO III

28 DE Abril DE 1923

NUM. 94

Reservado
700

R-5889-A

El extranjero

NOVELA

POR

Carmen de Burgos "Colombine"

Ilustraciones de Verdugo Landi



**ESTA OBRA NO
SE PRESTA**



HERMOSILLA, 57 - MADRID



EL EXTRANJERO

I

EN la pequeña tiendecita de la calle de la Montera, Matilde se probaba los sombreros ante el espejo de la estantería. De espaldas á la calle, no se preocupaba de que alguien pudiera espiarla por entre los cristales del escaparate, contemplando su doble figura, al verla reproducida en el espejo.

La joven tenía ese aire de coquetería que embellece á las mujeres que se prueban sombreros. Sus brazos se alzaban haciendo lucir su busto de espaldas con ese gesto gracioso, de canéfora, que aumenta la gallardía, y su rostro, contemplado en el espejo, daba aspectos cambiantes, según ella; ya de perfil, ya de frente, levantaba ó bajaba la barbilla, enarcaba el cuello y se dirigía miradas y sonrisas.

Generalmente, después de mucho mirarlos, ninguno le satisfacía. Se los quitaba, los depositaba con una vuelta ligera sobre el cristal del mostrador y sacudía con un movimiento desembarazado y arrogante la cabeza descubierta, en la que lucían las ondas de su cabello negro, azulino, intenso, sobre la frente pálida y las facciones correctas.

de una corrección clásica, de nariz perfecta y boca irreprochable.

Llamaban la atención en su palidez de morena, palidez de ceniza blanca á fuerza de arder, palidez cálida y abrasada, los ojos, tan negros, tan profundos, de una fijeza extraña, que tenían algo de ojos de sonámbula en trance.

—No me acaba de sentar ninguno bien.

—Pues los hay muy bonitos—dijo el hombre que despachaba, muy entendido en aquellas galas femeniles—. Ese que con los flecos de seda imita la piel de mono, le va admirablemente.

—No. Deme la gorrita de piel.

Pero el hombre no la oía, absorto ante otra de las señoras que llevaba un sombrero de terciopelo, flexible, con gran pluma desrizada.

—¿Ve usted? Le sienta admirablemente. No hay imitación más bonita de las plumas *civées*. No olvide que me ha ofrecido usted no decir cuánto le ha costado. Hemos puesto dinero encima, por complacerla. Por ser usted. Créalo.

Salió del mostrador para llevar la gorrita á Matilde.

—Es un verdadero modelo de París. El único. Está aún aquí porque acaba de llegar. La hija de la marquesa del Alamillo, que se va á casar, como ustedes saben, se ha llevado los sombreros de aquí. ¡Ah! Le está á usted admirablemente.

Se acercó otra señorita con un sombrero grande, con pluma á lo mosquetero, y lo cogió del brazo:

—Mi madre vendrá mañana á pagarle el sombrero. Ya sabe que tiene que decirle que cuesta la mitad de lo que me ha puesto. Las madres... ya se sabe, suelen ser señoras rancias, incomprensivas... Se asustan de estos precios...

—¡Comprendido, comprendido!

Matilde se quitó la gorrita.

—; No tienen sombreros adornados en cuentas?

—No... Se trajeron á principio de temporada. No han tenido aceptación... Pero si usted quiere, esperamos modelos...

Le había vuelto la espalda, para atender á otras clientes. Una hermosa rubia, alta, le decía con un ceceo sevillano:

—Ya sabe usted que cuando me mande la cuenta á casa, pondrá el doble de lo que me ha costado... Ya pasaré por la diferencia... Y si vengo con *él*, pídamle siempre el doble.

Matilde se sonreía, mientras se ataba su velo, de aquel contraste que la casualidad le ofrecía. Debía ser muy común aquello de mujeres que hacen pagar á sus maridos ó sus amantes más caras las cosas, para luchar con su tacañería, y de niñas que engañan á la mamá, como muchas mujercitas al esposo, para llevar prendas caras, sin que ellas sepan de dónde ha salido el *suplemento* para adquirirlas.

Al verla dispuesta á salir, el hombre que miraba á través del escaparate se apartó hacia el centro de la calle, para no ser visto, atento á la dirección que tomaría la joven.

La vió echar hacia abajo, hacia la Puerta del Sol. Caminaba gallarda, con algo de paso varonil, muy decidida, colgantes los brazos en un gesto de naturalidad y despreocupación, alta la cabeza y los ojos con su fijeza de mirar á su ensueño, como si no reparasen en la gente con quienes se cruzaba. No podía caminar tan de prisa como se adivinaba en su decisión que hubiese querido. La obligaba á detenerse la avalancha de gente que se entrecruzaba en la acera. Esa sobra de gente que sale á pasear á la ventura y encombra las calles. Era la hora de mayor tráfico en la calle de la Montera, estrecha para ser tan gran arteria, aturdidora de

ruido de coches, tranvías, gentes que hablaban en voz alta, y brillante de luces y escaparates engalanados, como ventanas á las que se asoma el espíritu comercial de la gran ciudad, ofreciendo los objetos de comodidad y lujo con una superabundancia tentadora.

Ella les dirigía una mirada un poco rencorosa, en ocasiones, como si le pareciesen un acicate á su deseo y un insulto á su pobreza.

El hombre la seguía. Era pequeño, delgado, de aspecto vulgar y al andar se balanceaba moviendo las caderas y dándose una pierna con otra, de manera que recordaban ese encontrón de las agujas de hacer calceta, y que se halla á veces en las caballerías cuyos garrones se tropiezan.

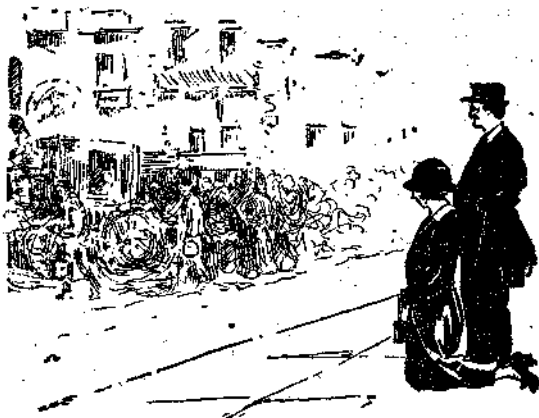
Al llegar frente á San Luis, la multitud dificultaba el avanzar; había varios coches parados, y de la iglesia salía un cura, al que precedía un acólito agitando la campanilla del Viático.

Unos se detenían; otros se quitaban el sombrero, y algunos se arrodillaban, aun á gran distancia, obedeciendo á la máxima que ordena el saludo: «Al Rey, en viéndolo, y á Dios, en sintiéndolo.»

Matilde fué de las que se arrodillaron. El hombre estaba á su lado y la miraba sonriendo. Tenía una cara antipática, con bigotes á lo Kaiser. Le tendió la mano, diciéndole:

—Soy afortunado en encontrarla.

Ella se llevó el índice de la mano izquierda á los labios, como recomendando el silencio en aquel momento solemne en que el sacerdote avanzaba hacia uno de los coches llevando el Viático bajo las vestiduras, con las manos cruzadas, y un gesto á la vez de veneración y cuidado que tenía algo de maternal. Con la otra mano tiró de él hacia abajo, como para forzarle á inclinarse, mientras le ordenaba con voz breve:



Matilde fué de las que se arrodillaron. El hombre estaba á su lado y la miraba sonriendo.

—¡Arrodílese usted!

El continuaba sonriendo, y al fin dijo:

—Yo me arrodillaría sólo ante usted.

Ella se levantó entre satisfecha y enfadada:

—Es usted un hereje.

—Conviértame usted.

—Bien sabe usted, Alfredo, que yo no podría contender con un hombre de su cultura.

—Tiene usted el mayor de los poderes.

—¿Cuál?—preguntó ella, coqueta, aunque ya sabía de antemano la respuesta, que no por vulgar le halagaba menos.

—Su hermosura.

Sonrió la joven complacida, y, sin darse cuenta, ambos empezaron á andar uno al lado de la otra.

Alfredo era un hombre de edad indefinida; á la primera impresión parecía joven; pero mirándolo despacio, representaba unos cincuenta años. Iba vestido con un traje que disimulaba la edad tan bien como él, raído de puro pasarle el cepillo, ocultando los rebordes de las mangas, deshilachados, con una discreta vueltecita, que las acortaba un centímetro, y lo descolorido de la cobarta, cambiándole el nudo. Había en su cara una tristeza trágica, pero de una expresión falsa, que se delataba en los momentos de olvido por la mirada torcida, aviesa, reconcentrada.

Le hablaba á la joven de su alegría de volverla á encontrar. Le recordaba que le fué presentado una tarde en el teatro, donde estaba de racionista y le había interesado profundamente, sintiendo no haberla vuelto á ver más que allí tan pocas veces.

Clotilde recordaba. En la situación secundaria que tenía en el teatro, que es el lugar donde más se deja sentir en el mundo el poder de las jerarquías, agradeció las atenciones que Alfredo había tenido para ella. Quizá pensó que no le era indiferente y puso en él la esperanza que ponen en los autores, los amigos del empresario, los todopoderosos, las pobres muchachitas que sueñan con el momento de su revelación artística, mientras sufren la tragedia de la falta de papel y de medios para demostrar su arte, en la angustia de los papeles mediocres. Quizá aquel drama de no tener papel era el drama más real entre bastidores.

Comprendió Alfredo la muda reconvención de la joven.

—Yo no la he olvidado á usted. Quise saber dónde había usted ido—le dijo—, pero nadie me dió razón.

Se le notaba el acento extranjero, que trataba de disimular y que daba cierta gracia dulce á sus

palabras. Era un acento que tenía semejanza con el dulzor del argentino, en su blandura de italiano. Alfredo era de Sicilia, hijo de padres españoles, y hacía ya varios años que estaba en Madrid, acogido por escritores y artistas con esa fácil bondad, quizá demasiado fácil, que los intelectuales españoles tienen para acoger á los extranjeros y darles carta de naturaleza entre ellos, sin aquilatar méritos severamente ni hacer una verdadera selección.

Venía de su país con unas cartas de recomendación, unos cuantos recortes de periódicos sin importancia, que adquieren el valor que da la letra de imprenta á los elogios, pegados en las páginas de un album; y unos libros malos, vulgares, que la mayoría no leyó y que elogiaron críticos amables, á instancias suyas, sin enterarse de que en la mayoría de ellos se hablaba mal de España.

Figuraba entre los literatos de tercer orden, pero se le hacían distinciones innmerecidas, sólo por su cualidad de extranjero. Se había llegado hasta hablar de estrenarle una obrita teatral, una vez que, en las repetidas lecturas á sus amigos, se diese cuenta de los defectos de castellano en que incurría, escribiendo *guitarrero* por *guitarrista* y haciendo aconsonantar *bronce* con *entonces*, con la sencilla licencia poética de suprimir la ese.

—Yo pensaba en usted—siguió diciendo—; había creado un papel para usted en mi comedia, y... Tal vez usted no lo crea, pero lo he quitado, porque era sólo usted quien podía interpretar ese papel.

Ella no sabía qué contestar. El siguió, con su vehemencia meridional:

—Para el artista, cada personaje que crea es un hijo, pobres hijos que se lanzan al mundo como almas solitarias que buscan donde encarnar. Esa

nijo dilecto de mi espíritu que yo concebí para usted, era á usted sola á quien le pertenecía, y no quise ponerlo en otro regazo. ¿Por qué se marchó usted del teatro?

Dudaba Matilde qué responder. Sentía repugnancia de confesarle que su pequeño sueldo, ridículo, no le permitía sostenerse, y se veía en la necesidad de buscar otro trabajo. Era como una humillación la confesión aquella, después de sentirse la musa del autor, que le brindaba una de sus creaciones. Contestó:

—No me daban los papeles que me correspondían... El favoritismo...

—Sí, sí; ya sé lo que es eso. Conozco la vida del teatro. Pero usted debía habérmelo dicho á mí; yo la hubiese impuesto, los hubiera obligado á hacerle justicia. ¿Y dónde está usted ahora?

Meditó un momento la joven. Tenía que seguir representando su papel:

—He dejado el teatro, amargada de esa injusticia... No estoy en ninguno.

—¿Y abandona usted así, sin lucha, sus anhelos de arte?

—No tengo medios para luchar.

—Le sobran á usted, y, además, me tiene usted á mí, créalo. Hay en usted una simpatía que me produce el efecto de no ser una desconocida para mí. Hay que creer en el *doble astral* ó en la *afinidad electiva*, algo de extraño que me hace su amigo fraternal. Se lo juro.

—Yo le creo á usted, porque también me causa ese mismo efecto.

—¿No desea usted el triunfo del arte, crear seres nobles, hacerles vivir, sentir cómo cientos de corazones laten por ellos?...

—Daría mi vida toda por una hora de ese triunfo—respondió ella, interrumpiéndole, arrebatada.

—Se trata de vivir, de triunfar, no de dar la vida. ¡Si fuese yo, que soy un pobre paria, solo en el mundo, después de haber quemado mis mejores años en perseguir una utopía de arte y de bien para la Humanidad! ¡Pero usted? Usted debe vivir y ser dichosa, pobre niña.

Matilde, conmovida, no sabía qué responder. Aquel hombre hablaba como ella había oído hablar en sus sueños al ideal que se forjó en su imaginación. No hablaba de aquella manera vulgar de los otros hombres. Le sentía superior á ella y á todos los demás, y estaba sugestionada.

Habían llegado á la Puerta del Sol.

—¿Dónde va usted?—preguntó él.

—Voy á mi casa.

—¿Tiene usted familia?

—Soy huérfana y sólo tengo hermanos; pero no vivo con ellos.

—¿Vive sola?

—Con una tía mía, soltera también, en el barrio de Salamanca.

—Si usted me lo permite, yo la acompañaré.

Entraron en un tranvía de la calle de Serrano; pasaron á la plataforma delantera, Matilde en un rinconcito, Alfredo ante ella, como si la protegiese y la aislase del contacto con los demás. La joven sentía cierta dulzura de verse así, bajo la salvaguardia caballeresca del extranjero, que no se permitía galanterías de mal gusto ni miradas insistentes y que en cada palabra y en cada gesto ponía una conmovedora ternura.

En lugar de preguntarle más él, se iba confesando.

Se le había hecho imposible la vida en su país, á consecuencia de las persecuciones de que le hicieron objeto los que le odiaban por sus campañas redentoras. Estaba solo, desposeído de sus

bienes, perseguido, sin familia, sin amor... y ya hasta sin esperanza...

—¿Por qué?

Se le escapó á Matilde esa pregunta como un grito de su alma, que le decía allá en el fondo: «Yo sería capaz de amar mucho á un hombre como ese.»

—¡Oh!—repuso él—. ¡Los desengaños y los sufrimientos destrozan, matan, aviejan!... No me considero con derecho á ofrecer á una mujer una suerte tan mísera como la mía..., en la que sólo el arte pone de vez en vez el bálsamo consolador que me la hace soportable.

Habían llegado al final del trayecto. Bajaron: se internaron por las calles próximas, y Matilde se detuvo ante una casa de modesta apariencia.

—No puedo ofrecerle á usted siquiera descansar—dijo—; esta casa no es mía realmente. Mi tía tiene un carácter especial...

El la retuvo por la mano que le tendía:

—La he encontrado á usted y me cuesta trabajo resignarme á no volver á verla.

Matilde no sabía qué contestar. Ella sentía también angustia de aquella separación.

—¿Quién sabe cuándo nos volveremos á encontrar!—siguió diciendo él.

Y ella repitió como un eco:

—¿Quién sabe!

—A menos—siguió él—que usted no me indique dónde...

Matilde, sin hacerse rogar, respondió:

—Voy todas las mañanas al Paseo de Rosales á eso de la una.

El le apretó más fuerte la mano, y respondió:

—Hasta mañana.

II

Había empezado un idilio lleno de dulzura para Matilde. Era quizá la primera vez que la desdichada joven se encontraba dichosa.

Todos los días, á la una, cuando salía de casa del escultor donde desempeñaba el cargo de secretaria, encontraba á Alfredo esperándola. Eran esos hermosos días otoñales, tan bellos, tan templados, bajo un sol que vivificaba y henchía su espíritu de visiones blancas y cálidas.

Se ponía á su lado y paseaban á lo largo de aquel paseo, entre los árboles, desnudos ya, de los cuales se desprendían las últimas hojas, que caían al suelo como mariposas sorprendidas por la muerte en su vuelo.

A aquella hora apenas había gente: lucía el asfalto, regado con los rayos del sol, como si fuese un espejo bruñado. Se sentaban en un banco, para hablar. Los sillones de mimbrés y las sillas de hierro descansaban, en brazos unas de otras, en su siesta, al lado de los quioscos, cerrados.

Hablaban más de una hora, que pasaba con rapidez. Una de esas horas felices que viajan en expreso y no se quieren detener. No hablaban de amor. El le contaba siempre tristezas, desesperanzas; le describía desgarradoras escenas de su vida pasada.

—¿No ha amado usted nunca?—le preguntó ella una vez.

—No—le respondió él, mirándola intensamen-

te—. Ahora veo que no amé, pero me engañé y sufría casi como si amase.

Así, sin el formulismo de una declaración, llegaron á confesarse que se querían y á hablarse de tñ.

La joyen le había confesado toda su vida, viniendo las pequeñeces de amor propio que la habían mortificado en un principio. Más de una vez había visto á Alfredo con los ojos húmedos, escuchando el relato de sus desventuras. En su inocencia, no podía dudar de aquel hombre de corazón tan generoso, desde que lo había dejado penetrar en el secreto de las desdichas de su pobre vida pura.

Lo veía á su lado, andando de medio lado, con su balanceo y su choque de garrones, mal vestido, con el rostro envejecido y avieso, y hacía un esfuerzo para cerrar los ojos á la realidad y ver en su frente algo de piel roja, la estrella de oro de los artistas.

—Yo seré su compañera, dedicaré mi vida á hacerle feliz—se decía.

Algunas veces, cuando se entretenían más, veían los ejercicios de los soldados que salían del Cuartel de la Montaña. El hermoso paseo parecía un inmenso tablero donde un niño gigante colocase sus soldaditos, todo cubierto de batallones y compañías, formando cuadros pintorescos, con sus pantalones pardos, sus casacas azules, los cuellos y el borde de las gorras encarnados y la línea de oro de los botones brillando al sol.

Coreaban su conversación aquellas voces de mando de los jefes, marcando musicalmente el «¡Un, dos!», y las órdenes de marchas y contra-marchas, que convertían á todos aquellos hombres en una especie de muñecos de goznes.

—Militares—decía él con pena—. Yo quisiera que los hombres, hermanos todos, acabasen para

siempre con las guerras y renase la fraternidad.

Cuando le oía una de esas vulgaridades, dichas con acento apostólico, la joven sentía impulsos de abrazarle.

Para no ver el espectáculo de los hombres de guerra, se internaban por las frondas del Parque del Oeste, y él, con su acento dulzón, le cantaba al oído versos monicordes, á los que la fantasía de ella ponía la belleza que les faltaba.

Alguna mañana le hizo llegar tarde á su casa, invitándola á comer en aquel pequeño café de la esquina del bulevar, donde todos los días contemplaban parejas de amables burgueses comiendo tranquilamente al sol.

Alfredo le inspiraba cada día más confianza.

Un día le dijo:

—Yo debo irme de Madrid y de tu lado, Matilde, porque te amo tanto que no quiero verte desgraciada.

Antes que la joven pudiese contestar, temblorosa y afligida, añadió:

—Yo no me puedo casar nunca; mis ideas me lo impiden, y sé que no te avendrás, con tus tradiciones de familia y tu carácter de española, á ser la compañera de mi vida.

Como ella continuara silenciosa, él siguió:

—Y sin embargo, hace falta más honradez para proponerse ser leales en la unión libre, que teniendo que garantizarse con la ley.

—Pero los hijos...—murmuró ella, atrincherándose en la última defensa burguesa.

—Yo no he tenido hijos, ni los tendré jamás—dijo él—. Una vez vi dar á luz una perra, y no sería capaz de ocasionar á una mujer el sufrimiento que me afligió contemplar en el animal.

Y como la viese turbarse más aún, le dijo con acento de conmiseración algo despreciativa:



...se internaban por las frondas del Parque del Oeste, y él, con su acento dulzón, le cantaba al oído versos manjeordes.

—Eres una pobrecita mujer que no podrás nunca romper tus ligaduras.

Ella sintió el acicate en su amor propio; se vió inferiorizada respecto á él, y exclamó con vehemencia:

—Te engañas; yo te amo y seré capaz de todo por ser digna de ti y de tu espíritu.

En el fondo, ella se sacrificaba; cerraba los ojos para no verle bien y mantener su ensueño. Para no fijarse más que en los ojos grandes, en la tragedia de su semblante y en aquella voz melosa que le acariciaba recitándole versos y hablándole en el lenguaje que alimentaba su pasión romántica.

Pero Matilde tenía buen gusto; dentro de su modesta situación, se vestía con sencilla elegancia y limpieza intachable. No podía prescindir de llevar las uñas miniadas; el pañuelo perfumado de una flor fresca; el guante nuevo. Los mil detalles en los que se revelaba su educación. Y su buen gusto sufría un golpe de rechazo con la indumentaria descuidada de Alfredo; á veces sentía la repugnancia de él, que en seguida vencía.

Una lucha entre su espíritu noble, que parecía percibir la verdad, y su ansiedad de amores, su romanticismo, que le hacía querer continuar su ensueño.

La vida de Matilde le había predispuerto para esa impresión. Traía de herencia el romanticismo. Su padre, persona de gran posición social y de sólida fortuna, había confiado todo su dinero en manos de un amigo, que á su muerte, prematura, sólo entregó á la viuda y á los huérfanos una parte insignificante de lo que le había confiado.

Era Matilde la mayor se seis hijos, una niña y cuatro varones, menores todos, y educados como en España educan á sus hijos las familias de la

clase media: para ricos, sin darles medios de fortuna.

La madre, un tipo como ella, morena y pasional, se enfermó de tristeza á la muerte de su marido. Bien pronto consumió su peculio; les quedaba una pequeña viudedad y la parte de la hijuela de los niños, á la que no se podía tocar, como bienes de menores. Se vendieron y se empeñaron todas las joyas, muebles y ropas, sin que nadie pensase en trabajar, excepto Matilde, que buscó un empleo en un Banco.

La pobre niña salía de su casa todas las mañanas con la angustia de dejar á su madre tan enferma que temía ser el último beso el que le daba en la frente. Cada día, al volver á casa, miraba con miedo la puerta y su corazón respiraba tranquilo al ver abiertas las dos hojas.

La madre, enferma y todo, mantenía la unidad del hogar; se agrupaban todos los hijos en torno de su lecho. Aunque la vida era difícil, la casa se mantenía como apoyada en aquel débil puntal. El sueldo de Matilde y la viudedad no bastaban, y entonces la joven consintió en ser emancipada á los diez y nueve años, á fin de poder disponer de su pequeña fortuna. Fué ella la que, merced á este sacrificio y estos cuidados, logró dar un poco de tranquilidad y de consuelo á los últimos días de la pobre madre. Un día se cumplió su presentimiento. Al llegar de la oficina encontró cerrada la media hoja de la puerta.

Matilde había heredado el romanticismo de sus padres; sus nervios, excitados por el sufrimiento, buscaban una compensación en el Arte. Leía novelas, escribía á sus solas memorias, hacía versos. En su idealismo, se hacía todo ternura y sacrificio. Llegaba á sentir esa felicidad morbosa de los sacrificados, que en el fondo se creen superiores, en su refinamiento de egoísmo.

—Yo seré la madre de mis hermanos—dijo, con un gesto valiente y decidido.

Y la jovencita de diez y nueve años se erigió en la madre y en la dueña de casa. La hermanita menor, Socorro, una niña de diez años, fué admitida en un colegio de monjas. Ella se veía sola con los cuatro hermanos, sin contar más que con el sueldo de su oficina y la orfandad, que, repartida entre todos, daba diez duros á cada uno.

Milagrosamente, haciendo más cuentas que un sabio economista, lograba atender á todas las necesidades. La comida era escasa. Un cocido á mediodía, un plato de lentejas á la cena, con una tortilla ó un pescado barato. Los hermanos no se conformaban. Fueron á ver al tutor, para quejarse de la hermana, manirrota, que no sabía gobernarse. Con sus diez duros ellos se creían tener derecho á más. El tutor alimentó su rebeldía. Odiaba á la joven, que vivía como sumergida en su ensueño, fuera de la realidad, y no veía la corte disimulada que le hacía, á despecho de su condición de casado.

—Después de todo—les dijo—, ella no es más que una mocosa, á la que debéis considerar como una patrona, que os cuida porque os cobra.

Cada día la insolencia de los hermanos era mayor. Se quejaban de debilidad, de estar desatendidos. Ella les oía con pena, no tanto por su ingratitud como por el fondo de verdad que había en sus frases. Veía claramente que la alimentación era insuficiente; los miraba famélicos, huesudos, pálidos, y no encontraba la manera de poder mejorar su situación, por más que extremara su sacrificio de heroína de Pérez Escrich.

Consultaba, á veces, con la asistenta, que tenía hijos rollizos, para saber lo que les daba de comer.

—Señorita—le aconsejó ella—: una buena pata

de vaca alimenta mucho y cuesta poco. Yo la prepararé.

A la noche apareció en la mesa la cazuela humeante, bien oliente, con el guiso de figón. Matilde se disponía á hacer los platos, cuando uno de los hermanos preguntó:

—¿Qué es eso?

Al saber lo que era, declaró el mayor:

—Nosotros no comeremos esa porquería.

Y como la joven insistiera, alzó la mano y le dió un bofetón, exclamando:

—Para que no vengas con esas ínfulas de directora, cuando yo soy el hombre.

Matilde sangraba de un labio partido. Se le infeccionó la herida; tuvo que guardar cama, y cuando, al cabo de un mes, pudo volver al Banco, se encontró substituída. Estaban cansados de las faltas de puntualidad á que la obligaba el tener que cuidar su casa.

—Los empleados no deben tener familia—le dijo brutalmente el director, un hombre autoritario para el que sólo el dinero tenía valor.

Entonces Matilde anunció al tutor de sus hermanos que no podía sostener la casa más tiempo; que cada uno buscase colocación, y se marchó á vivir con la única parienta que les quedaba, aquella tía solterona, rica y avara, que desde la muerte de su hermano no quiso trato con la familia, temiendo que la molestasen.

—Yo no quiero nada con los chicos—declaró—; no consiento, por todo el oro del mundo, hombres en mi casa. Las chicas, es otra cosa; mi conciencia no me permite dejarlas abandonadas. Claro que yo no tengo más que lo necesario para los días de mi vejez, y no quiero verme por puertas ó implorando la caridad pública, si Dios se digna prolongarla. Por eso es preciso que me pague lo que se coma;

sólo esto. Ya se ahorra el pagar casa y el lavarse la ropa.

Fué entonces cuando Matilde entró de meritoria en el teatro. La avaricia de la tía pudo más que ese horror que las beatas sienten hacia el teatro, como si fuese un lugar de perdición. La pobre Matilde daba á aquella mujer todo lo que ganaba, y aún parecía vivir en su casa de limosna. La tía la contemplaba con una mirada desconfiada cuando la veía venir sola á las altas horas de la noche; pero dominada siempre por la avaricia, no se permitía el gasto de una persona que le acompañase.

—Yo espero en Dios Nuestro Señor que apartará de ella todo lo malo—decía—, y confío en que tendrá la dignidad de todas las mujeres de nuestra familia, que nunca han dado qué decir.

Así, tranquilizada por su propia voluntad, y gracias á que su confesor, que lo dirigia todo, hasta la administración de los bienes, hallaba cómodo no oponerse, Matilde pasó el invierno en el teatro. Aquel ambiente, después de su vida sórdida, trabajosa, de sus lecturas románticas, exaltó aún más su temperamento. La partida de la Compañía, que no pudo llevarla, la dejó más triste, más desolada que lo había estado jamás. La necesidad de trabajar le daba ánimos, y aceptó el cargo de secretaria en casa del rico escultor que vivía en la calle de Ferraz.

La austera moral de su familia se quebrantaba más y más en aquel ambiente. El viejo, como un Salomón moderno, rodeaba el frío de su ancianidad de mujeres bonitas. Las modelos, media docena de chiclelas alocadas, inconscientes y bellas, jugaban alrededor de él mientras modelaba el desnudo de alguna de ellas ó le dictaba su correspondencia á Matilde. La joven le despachaba el correo y le leía los periódicos. A veces el escultor le decía:

—Lea usted.

Y mientras la joven leía, él se distraía con sus modelos, que jugaban y reían, sin guardar silencio, contando, con frecuencia, historias poco edificantes, cuyas frases se cruzaban con la lectura, monótona, que la joven no interrumpía. El viejo la dejaba leer hasta el final, aunque él no oyera, como si fuese preciso no economizar ese trabajo á Matilde para que ganase su dinero.

Las modelos se reían de la corrección de la joven, y corrían por el taller ligeras de ropa. Había una, como un animalillo ágil y gracioso, que se desnudaba por completo, con una serenidad absoluta, sin dar importancia á su desnudez, que se tornaba casta por efecto de su despreocupación y de su serenidad.

—Es una griega. Es una griega—exclamaba complacido el anciano maestro.

Y todas denominaban *la griega* á la graciosa muchacha.

La preparaba aquel ambiente, aquella vida suya, para la seducción lenta, meditada, solapada, que realizaba el extranjero, del que ella no desconfiaba. No le seducía su figura, no le seducía nada de su porte; pero le amaba por esa tendencia de sacrificada, de protectora que había en ella. Le seducía la aureola de artista de que él se rodeaba y cuya falsedad no podía ella distinguir. No podía sospechar que existiese bastante maldad en un corazón de hombre para proponerse destrozarse por un capricho la vida de una muchacha honesta y desgraciada, cuando tantas *griegas* se brindaban á su placer.

Así, la noche que Alfredo consiguió, al fin, estrenar su comedia, y ella le vió salir triunfante entre aplausos al palco escénico, sin ver la galantería que existía en aquellos aplausos de *clac* y de



...y ella le vió salir triunfante entre aplausos al palco escénico, sin ver la galantería que existía en aquellos aplausos de estacas y de amigos...

amigos para el extranjero; cuando le vió buscarla entre su triunfo con los ojos en el paleo que le había ofrecido, ella se creyó elevada sobre todas las mujeres por el amor de un Dante, de un Petrarca, de un artista admirable. Olvidó su vulgaridad, la fealdad que á veces veía, á pesar suyo. Le vió transfigurado; le pareció que todas las mujeres le miraban, se lo disputaban, y sintió prisa de hacerle suyo. Se le entregó aquella noche, á la salida del teatro, sin hacerle prometer nada, sin pedirle nada, sin exigirle nada, dichosa de ofrecérsele, de confiarse en él. Hallando un placer en el sacrificio de verle dichoso, dominando la repulsión de una intimidad que le hacía oler la suciedad de su ropa, una camiseta sudada y unos terribles calzoncillos largos, de rayas azules, blancas y negras, amarrados con cintas, sujetas al ojal y al botón, para no tener que abrocharlos.

La hería aquel detalle de hombre grosero, pero aún hallaba una fuerza en su alma para adornarle de galas espirituales que sobrepasasen á todo.

Se empeñaba en realizar su ensueño encarnado en Alfredo. Había ido hacia él aun desde antes de verle, como fanatizada y absorta en su ensueño, persiguiéndolo, obcecada, con aquella extraña cosa que había en ella de sonámbula en trance.



III

Para poderse ver de noche, había vuelto al teatro. La había recomendado Alfredo para un puesto modesto de racionista, y él iba todas las noches á hacer el alarde de ser el conquistador de una de las muchachas bonitas de la Compañía; de esas que parecen como el vivero ó mejorana que transplantaran á su jardín los afortunados que saben caminar entre bastidores.

Ella no conocía aquel alarde, que creía franqueza y deseo de no ocultar su compromiso. Se creía casada con él y tampoco ocultaba su amor y el lazo que los unía, el cual no escandalizaba á nadie en ese medio de moral más amplio en que ahora vivía. Sólo alguna de las compañeras, más ducha y positivista que Matilde, solía compadecerla viéndola unida á aquel hombre; pero en vista del entusiasmo de la joven, se guardaba de decirselo.

Y eso que Alfredo mejoraba, por la influencia de ella. Le hacía ser más cuidadoso, oler bien, bañarse y, cuando después del teatro se iban á cenar, era ella la que le corregía sus trabajos y le explicaba el significado de las palabras castellanas que aún desconocía y que empleaba osadamente.

La tía había acabado por creer que era habitual retirarse tan tarde del teatro.

—Es que después de la función ha habido ensayo—le decía Matilde, las pocas veces que la buena señora se daba cuenta de la hora.

Durante las vacaciones habían querido que le acompañase su hermanita Socorro; pero la niña, tímida, se asustaba del ambiente del teatro; le parecía el escenario, por dentro, como un gran barco que se balancease en el mar. Se mareaba, y se negó á volver á ir, con gran contento de Matilde.

Era feliz. Esperaba la noche, la hora de acabar la función, para salir del teatro, segura de que él la esperaba en la puerta, para irse juntos, ya apoyada en su brazo, ya en el interior de un cochecito, al restaurante de cuartos reservados donde tomaban la cena, que muchas noches era ella quien pagaba, privándose de otras cosas. El, en su camaradería de genio, no prestaba atención á esas pequeñeces.

Matilde salía del teatro embozándose en su gran capa con un aire de mujer galante, algo de petulancia de gran actriz, para ir hacia su amante.

Y aquella cenilla no era sólo un capricho ó un pretexto de amenizar su entrevista. Era una cosa que necesitaba. La tía hacía ayunar á la familia todo el año. Las criadas se iban de su casa huyendo del hambre y de los fantásticos menús de la buena señora, que solía hacer los lunes para cenar migas de pan y judías con aceite; los martes, arroz con agua y sal, y los miércoles, patatas guisadas y ensalada de lechuga, y así sucesivamente. El alimento del día era el cocido, con treinta céntimos de carne, para ella, las dos sobrinas y las dos criadas. Tenía que sostener dos, por la apariencia de la casa; pero, según confesaba Matilde á su novio, no las sostenía, las mataba.

Aquella señora avara tenía también su historia de amor, incomprensible al verla ya encanecida con blanduras de columbre en su corpulencia. No se había casado, ni se atrevió á entrar en el claus-



*Matiide salta del teatro embebeciéndose en su gran casa con un
aire de mujer galante, algo de petulantia de gran actriz...*

tro llevando en el corazón un amor al que había consagrado su vida.

Debió en su juventud parecerse á Matilde: tenía los mismos ojos de obcecación y ensueño. Muy niña aún, se enamoró de un hombre que no reparó en ella jamás. No pudo insinuarse ella, porque habría padecido una madre, tan extraordinariamente celosa de su cariño que hasta que cumplió sus cuarenta años, edad en que se quedó huérfana, no la dejó salir con nadie ni le consintió trato con ninguna amiga, ni la llevó jamás al teatro, á bailes ni á reuniones. Así, á la pasión de aquel hombre que seguía amando, sin acordarse ya de cómo era, se había mezclado aquella pasión sórdida de la avaricia y el egoísmo de la solterona.

Hubiera querido dominar á las sobrinas como había sido dominada ella, y se vengaba martirizándolas de que tuviesen una personalidad, una energía, que les permitía vivir una vida de la que ella pasó por el mundo siempre al margen.

Una noche, Alfredo le dijo:

—Tengo una colaboración con unos amigos para escribir una ópera, y tendré que venir más tarde. Sal tú sola y ve á esperarme á nuestro cuartito.

Ella no se opuso; hubiera creído un crimen dificultar la labor de su artista genial, en cuya gloria tenía una parte de musa ó inspiradora.

Algunas noches tenía que esperarle horas enteras; pero su malestar vago, que no llegaba á la desconfianza, desaparecía al verle llegar, con su cara trágica, iluminada por una expresión que se esforzaba en hacer tierna, y siempre de medio lado, como dividiendo el aire.

Muchas veces no quería tomar nada; la excitaba á retirarse temprano.

—Estoy cansadísimo del potente esfuerzo cerebral que me exige la creación—le decía.

Bastaba aquello para que la joven obedeciese llena de respeto.

La acompañaba él á su casa, y ella se sentía dichosa apretándose contra su brazo y aprendiendo á andar un poco con su balanceo, que adquiría al compás de aquel trenzar de garrones de Alfredo.

Al cabo de un poco tiempo, él le avisó que la obra adelantaba. Estaba en momentos álgidos. No podría ir todas las noches. El arte imponía sacrificios; era un sacerdocio. Una rivalidad amorosa le hacía huir.

—Pero tú eres para mí antes que todo. Basta una palabra tuya para que todo lo abandone.

Ella no podía decir esa palabra. Por el contrario, le animaba á perseguir la gloria. Pero empezaron los días de larga espera, las noches en que se retiraba tristemente temprano, sin cenar, destinando las pesetillas de ahorro en irse en un coche, que paraba antes de llegar á la casa, para no asustar á la tía con su despilfarro, temerosa de los trasnochadores y de la falta de respeto que se tiene á la mujer en Madrid.

A veces pasaban tantos días que la infeliz se quejaba dulcemente:

—Me abandonas demasiado. Yo no podría trabajar estando tanto tiempo sin verte.

El se enfadaba de un modo que no había visto hasta entonces: «Al fin era mujer é incomprensiva. El creador necesita estar solo. Las mujeres, al lado de los artistas, son como una rueda de molino atada á los pies, que les impide volar, le sujetan á ras de tierra.»

Si ella lloraba, Alfredo se enfurecía más, y Matilde acababa por pedirle perdón, como si fuese culpable de algo.

—¡Ya no me quieres!

Se volvía á enfurecer. ¿Le quería acaso en eter-



...destinando las pesetillas de ahorro en tree en un coche, que paraba antes de llegar à casa...

no trovador? Su amor tranquilo, dulce y fuerte, necesitaba la confianza. La consideraba como su esposa. Esas últimas palabras la ganaban, la convencían; pero en ocasiones le preguntaba por la obra, sin lograr más que respuestas vagas.

—Yo ardó en deseos de contemplar esa producción. Enséñame algo de lo que llevas hecho.

—No. Tú serás la primera en conocerla, pero te la quiero mostrar acabada, perfecta. Tu aplauso tiene para mí más importancia que todos los demás.

—¿Qué bueno eres!

Ponia sus besos de gratitud sobre la frente cruzada de arrugas, sin fijarse en aquella mirada gau-cha y traidora del extranjero.

Luego, á sus solas, no podía dejar de intranqui-lizarse. Las amigas contribuían á inquietarla:

—Alfredo viene menos.

—¿Qué hace tu novio?

—No se ve á Alfredo por aquí.

Como ella le disculpaba, alguna más íntima le decía:

—No te fies de historias y le dejes la rienda suelta; mira que como se deje correr á los hom-bres, se pierden de vista.

Empezó á sentir celos, la angustia de la posibili-dad de verse humillada. Envidiaba la felicidad de compañeras á las que antes compadecía, y te-miendo que la hiciesen objeto de aquella lástima humillante, cuando las veía salir envolviéndose en sus capas con ese aire de primeras actrices que tomaban con su felicidad.

No se atrevía á manifestar sus celos y sus te-mores de Alfredo, temerosa tanto de su cólera como de que la creyese una mujer inferior; pero sufría pensando que, á pesar de la voluntad de su amante, el amor pudiera huir de su corazón. Olvi-daba aquella fealdad que veía en él antes de amar-le, para creerle el hombre bello, amado por todas las mujeres, que se lo disputaban poniendo en jue-go todos los recursos.

Entonces sentía esa pena de la mujer que no tiene nada más que realidades para retener al hom-bre. De la vencida, que ha dejado de ordenar para

pedir gracia. Pensaba con terror si tal vez en la intimidad le habría disgustado, y por un sentimiento vulgar, atávico, femenino, se decía:

—¡Si al menos tuviera un hijo!...

Creía que el hijo retendría al padre.



IV

Aquella noche le había ido á buscar Alfredo al teatro y la había llevado á cenar á otro sitio distinto del habitual. Pocas veces le había visto tan enamorado, tan tierno. Sentía renacer su confianza. Le notaba inquieto, preocupado, pero al mismo tiempo sin deseo de separarse.

Al fin, era preciso decidirse á llevarla á su casa.

—Es necesario—dijo ella—, hasta el día en que te decidas á que vivamos juntos.

Subieron en el tranvía de la calle de Serrano. Al bajar, él le dió el brazo. Se internaron en las calles que conducían á su casa. Apenas había Matilde introducido el llavín en la puerta, cuando se oyó á su espalda un grito de rabia y una voz juvenil, enronquecida por la cólera, le apostrofó:

—¡Canalla! ¡Mala mujer!

Se volvió sorprendida. Ante ella se alzaba una admirable figura de tragedia. Una mujer alta, esbelta, rubia, espléndida, con el cabello desmeledado, que con un revólver en una mano le apuntaba.

Pero Alfredo se lanzó á la mujer; la cogió de los brazos y le hizo soltar el revólver, oprimiéndola con fuerza.

Matilde miraba espantada la escena. Más que su peligro, más que el escándalo que podía suscitarse si alguno lanzaba un grito, la preocupaban los celos violentos frente á la figura juvenil, ágil, de piernas largas y de cabellos de oro. No se daba

apenas cuenta de que Alfredo la tenía asida, martirizándole los brazos para defenderla á ella. Hubiera querido que no la tocara.

—¿Quién es esa mujer?—preguntó.

Alfredo no respondió. Ella, sin poder libertar los brazos de las manos que los sujetaban, echó el cuerpo hacia atrás, tratando de dar con los pies al revólver, que estaba en el suelo, y vomitando con voz colérica, pero opaca, de una gran sangre fría:

—Soy la mujer que te va á matar, miserable, antes de consentir que me sigas robando el cariño de mi padre.

—¿Pero qué dice?

Alfredo dejó á la joven; cogió el revólver, y poniendo entre las dos mujeres su cuerpo chiquitín y torcido, exclamó:

—Sí, Matilde. Perdóname... No he debido engañarte... Esta mujer es mi hija.

—¿Tu hija! ¿Pero no me has dicho que eras soltero..., sin hijos?...

—Perdóname..., perdóname el engaño... Yo te lo explicaré...

La muchacha, vencida por la fuerza del padre, como un potro domado, se mantenía hosca. Matilde, por más que la miraba, no advertía parecido ninguno entre ella y Alfredo.

—¿Júrame que es tu hija!

—Te lo juro... Entra... Evitemos el escándalo. Nos veremos mañana, como siempre. Ten piedad de mí.

Rápidamente, Matilde tuvo un pensamiento. Pareció convencerse; entró y cerró la puerta. Llevaba envuelto en un papel la falda y el mantón que le habían servido para representar una andaluza. Se quitó el sombrero y el abrigo, los tiró con la falda aquella en un rincón, se envolvió en el chal y abrió

lentamente, deslizándose fuera de la casa en el momento en que Alfredo y la joven volvían la esquina.

Iba ella apoyada en su brazo. Sintió como un impulso de matar. ¿Era posible que siendo su hija llegase á ese arrebató pasional? Alfredo le había dicho el número en que vivía en la calle de Quintana. Los seguiría hasta verles entrar, interin se informaba de quién era la mujer aquella, para aceptar su reto en caso necesario. Sabría defender su amor. Les seguía con su mirada profunda fija en ellos, sin perderlos de vista. Dos veces volvió él la cabeza; debió ver su silueta, pero, indudablemente, no la conoció con aquella indumentaria.

Al llegar á la Puerta del Sol se cruzaron con unos grupos de gente. Ella pasó á otra acera, segura de que habían de tomar la calle del Arenal. Unos grupos se confundieron con ellos. Eran mujeres que llevaban detenidas los guardias al Gobierno Civil. Iban gritando insultos á sus aprehensores:

—Lo que nos habéis de pedir mañana por solarnos, pedirlo ahora—decía una.

—Nos cogen sólo para sacarnos dinero—decía otra.

Se acordó de que se apresaba á las mujeres que vagaban solas de noche en la calle, y tuvo miedo de que con aquel traje la confundieran. Tuvo intenciones de descubrirse, de gritar llamando á Alfredo; pero un coche, de muchachos alegres que venían cantando en son de fiesta, se detuvo, y uno de ellos saltó á tierra. Se acercó á ella; la cogió de un brazo y la arrastró, diciendo:

—Ven, sube con nosotros; te pagaremos bien. Sintió todo el vigor de la indignación revolverse en ella; descargó un puñetazo en medio del pecho del señorito, que, cansado y beodo, no tuvo fuerza para retenerla, y huyó hacia la calle de Alcalá,

feliz de que no hubiese por allí ningún guardia ya cumplida la hazaña de detener á las mujeres, y se lanzó á un coche simón, dándole la dirección de su casa.

Cuando se encontró de nuevo en el portal, recogió el lío de ropa abandonado en el rincón, y subió presurosa, sin tomar aliento, hasta aquel piso cuarto, que, con las denominaciones de bajo, entresuelo y primero, resultaba un *principal* que podía figurar dignamente en la tarjeta. No se encontró segura hasta que se zambulló en la estrecha cama que partía con su hermana Socorro. Se abrazó al cuerpo de ella, como queriendo sentirse más amparada, más protegida, y estuvo á punto de lanzar un grito. En su entraña izquierda palpita-
ba algo extraño, con una palpitación inconfundible. Recordó ciertos síntomas en los que apenas había reparado, temerosa de engañarse, y exclamó con un acento lleno de ese terror indefinible que causa á la mujer ese desdoble de su ser en un ser á quien le ha prestado algo su propia vida para la encarnación:

—¡Un hijo! ¡Voy á tener un hijo!

Se sobrepuso un sentimiento de alegría:

—¡Un hijo de Alfredo era ya la consagración de su amor, lo que la uniría á él para siempre!

Tal vez era su propio deseo el que había engendrado al hijo.



V

Se encontró á la noche siguiente con Alfredo en el cuarto de siempre.

—¿Por qué me has engañado?—fué su primera pregunta.

Le quedaba la duda de que aquella mujer fuese su hija; pero él no pensó más que en la ocultación que había hecho de su paternidad.

—Te amo tanto, Matilde mía—le dijo—, que temí que el miedo á la maternidad te separase de mí, y por eso te negué que tenía hijos.

—¿Y podías pensar eso, cuándo mi mayor gloria estará en poder tener un hijo de nuestro amor?

—No pienses eso. Los hijos son fruto de inexperiencia, de la época en que no se sabe la responsabilidad que con ellos se contrae, cuando no se piensa que no se debe perpetuar el dolor sobre la tierra.

Aquellas palabras le hicieron callar la revelación que pensaba hacerle. Temía que no acogiese bien al hijo y que eso les separara. Empezaba á sentir ya algo superior á todos sus amores por un ser que no era aún más que una idea, casi sin realidad.

—¿Pero has sido casado?—le preguntó.

—No. Mi hija Coralía es fruto de una desdichada unión, que no quiero recordar. Te suplico que no me hables de ella.

—¿Pero cómo una hija puede llegar al extremo de esa mujer, sólo porque su padre tenga una amante?

—Es que tú no conoces el temperamento salvaje de las mujeres de mi país.

—Pero eso se concibe en una enamorada.

—Mi hija me adora.

—¿Y no tienes miedo de que exista una perversión en esa pasión de tu hija?

—¡Qué disparate!

—Es que eres demasiado hermoso. Yo no creo nada malo, sino un sentimiento inconsciente, evitable.

El se atusó petulante las guías del bigote, y rompió con énfasis:

—En eso tienes razón. Soy el hombre que quizá ha inspirado pasiones más profundas y fatales en las mujeres. Y yo no he llegado á amar jamás.

Se sentía desconcertada. No le parecía aquel el mismo hombre. Le desconocía. Pero no tuvo tiempo de reflexionar. Un camarero entró apresurado:

—Don Alfredo: oiga un momento.

Le llevó á un lado y le habló con animación. Ella le vió palidecer. La cogió de la mano y la arrastró en pos de sí, guiados por el camarero. No se daba cuenta de aquella huida, de por qué se escapaban así, de cuál era el peligro que les amenazaba.

El camarero abrió la puerta de una habitación oscura; les empujó dentro, y le oyeron cerrar, quitar la llave y alejarse.

—¿Pero qué es esto?—preguntó ella en voz baja.

—¡Calla!

—¿Di?

—¡Coralia!

Contuvieron el aliento y escucharon una voz irritada:

—Sí, estoy cierta... Está aquí mi padre... Quiero ver á mi padre... No me iré...

Ellos se apretaron el uno contra el otro, llegando á sentir miedo de la terrible criatura que les buscaba de aquel modo.

Se daban cuenta del lugar donde estaban, por el olor y por el tacto. Sus manos se habían posado, sin darse cuenta, sobre un cesto de cebollas. Era la despensa donde estaban encerrados. La dignidad de Matilde protestó:

—Esto es ridículo; yo quiero salir de aquí... Voy á llamar.

El la oprimió contra su pecho:

—No. Calla...

—¿Pero por qué ocultarnos así?

—Porque es la única persona con la que yo no puedo luchar por ti..., porque no puedo ponerme frente á mi hija...

—¿Y eres tú el que no quieres los hijos?

—El que los evita.

—Pero los amas.

—Naturalmente...

—Entonces... Entonces...

—¿Qué?

—Que yo tengo ya un hijo tuyo en las entrañas.

La revelación estaba hecha. Sentía rabia y arrepentimiento de haber proferido aquellas palabras de sacerdote que consagra en la inmunda despensa del restaurantillo, entre los sacos de patatas y los cestos de cebollas.

Pero quizá no estaba mal elegido el momento. A Alfredo le importaba evitar el escándalo y hacerse perdonar.

La estrechó contra su pecho, la besó apasionadamente en la boca, haciéndola desfallecer de felicidad.

Cuando el camarero volvió á abrir, diciendo que la joven, convencida, se había marchado, mandaron por un coche. La acompañó á su casa, y al despedirse le dijo:

—Ahora, esposa mía, yo haré entrar en razón á Coralia, que verá en ti á la madre de su hermano.

VI

Matilde esperó en vano dos días el aviso de Alfredo para volverse á ver. ¿Estaría enfermo? No se atrevía á escribirle, sabiendo ya la existencia de esa hija que se convertía en rival suya.

Antes de ir al teatro fué hasta la calle de Quintana, y llena de emoción preguntó en la portería:

—¿Don Alfredo Girón?

—No vive aquí.

—¿Cómo! ¿No vive aquí un señor italiano, pequeño, rubio, muy blanco... y un poco torcido?

—No, señora.

—¿Es que se ha mudado?

—No. Es que desde hace ocho años que somos porteros, aquí no ha vivido nadie de ese nombre.

Temió haber equivocado el número, y recorrió todos los semejantes, sin poderlo encontrar. Sentía un terror que aumentaba de momento en momento, hasta llegar al pánico, de conocer que había sido engañada de un modo frío y premeditado en todo. Alfredo no había vivido nunca en aquella casa ni en aquella calle.

Llegó maquinalmente al teatro, guiada por ese deber que mueve á las artistas y que es más fuerte que todo otro sentimiento en ellas, para arrastrarlas al escenario. Pero en vez de estar encerrada en el cuarto que compartía con otras tres muchachitas, en su alejamiento de mujer casada y austera, como hacía siempre, atenta á conservar su amor dentro del corazón, como temerosa de que se eva-

porase, salió al escenario, donde sus compañeros ensayaban, frente á la tristeza de la sala, vacía y oscura, que les aparecía, sin embargo, como llena de espectadores.

Las primeras actrices estaban allí, arropadas, envueltas en sus abrigos y bufandas. Acudían, con paso desmayado, á decir su papel, cuando las llamaban; sin declamarlo ni accionar de un modo displicente, en el que no se fijaba el director de escena, sabiendo que se reservaban para el momento de la creación. Eran las segundas partes las que tenían que trabajar, repetir, corregir los ademanes y el acento.

Los que no trabajaban en un acto, esperaban arrinconados entre las decoraciones y los muebles, en aquella especie de almacén de maderas viejas. Muchas muchachitas aprovechaban el tiempo haciendo labor de *crochet* ó de *tricot*, y otras hablaban con los compañeros ó con el autor y los amigos que entraban con él entre bastidores.

Matilde tomó parte en aquellas conversaciones, para preguntarles á todos de un modo indirecto el domicilio de su amante, pero no lo sabía nadie. Citaba siempre en los cafés, y allí era donde recibía la correspondencia. Ella sentía crecer su angustia. Le aparecía el extranjero con todo el horror del desconocimiento de su pasado. Podría ser un caballero de industria, uno de esos bandidos internacionales, peligrosos para el país que los acoge, cuya filiación tiene la policía.

Al salir, el portero le entregó una carta. ¡Su letra! Sintió arrepentimiento de haber pensado mal. Si él se ocultaba era á causa de aquella hija salvaje que no querría que conocieran sus amigos.

Sin paciencia para ver lo que le decía, abrió allí mismo el sobre, y leyó:

«Matilde: He llegado al convencimiento absoluto

de que yo no puedo hacerte feliz, y ahora invoco no solamente tu fortaleza y tu abnegación, sino toda tu juventud y el temple de tu espíritu, para vencer el dolor que pueda ocasionarte mi ausencia. Yo te diría: «Olvidame, maldíceme, mátame!» Pero tú no te mereces sino buenas palabras, y por eso sólo he de exclamar: «Perdóname!...» La adversidad va conmigo. Adiós.—*Alfredo.*»

Se balanceó como un borracho que no tiene fuerza para sostenerse y va á caer al suelo; pero con un supremo esfuerzo, agarrándose de la pared, casi sin vista, se dirigió á su cuarto, solo en aquel momento, y se dejó caer sobre una silla. Estaba atontada, sin poder coordinar ideas, como si acabara de recibir un mazazo en la cabeza. Al fin, después de un rato, rompió á llorar. Parecía que las lágrimas le devolvían la conciencia de su situación. En medio de su dolor se alzaba como un consuelo su indignación. Aquel hombre falaz y traidor esperaba para abandonarla el momento en que era padre del hijo que sentía agitarse en sus entrañas. Aquella falsa dulzura engañosa de la carta envolvía el deseo egoísta y canalla de librarse de toda responsabilidad. Era preciso que ella le buscara, le hablara, le dijera toda la indignación y el desprecio que se mezclaban á su amor, vivo, á pesar de todo.

Procuró serenarse, después de llorar largo rato, hallando en las lágrimas un sedante de sus nervios.

Salió de allí tan débil y tan quebrantada como si acabase de sufrir una enfermedad, con paso y palidez de convaleciente.

Tomó el primer coche que encontró. Acababa de tener la idea de que, siendo autor Alfredo, en la Sociedad de Autores sabrían su domicilio.

¡Con qué alegría dió la orden al cochero de ir á la calle de las Huertas, á la casa donde le habían

¡Dicho que vivía Alfredo! Le daba miedo conforme se iba acercando, de que resultase también falsa la dirección.

Su corazón latió con violencia cuando, á la pregunta de: «¿Don Alfredo Girón?», le respondió una mujer, desde el fondo del cuchitril negro y maloliente de la portería:

—Piso quinto, izquierda.

Subió la empinada, sucia y renegrida escalera de aquel caserón viejo y pobre, y se detuvo ante la puertecilla de madera carcomida.

Llamó; al poco rato oyó unos pasos ligeros que se acercaban, y la puerta se abrió sin recelo. Se encontró frente á frente de la hija de Alfredo. Vestida con una faldilla y un jersey viejos, la muchacha aparecía ante ella en toda la plenitud de su belleza, de un rubio ardiente, rubio de los cabellos y de la tez, toda color de trigo, con los labios pálidos, los dientes blancos y los ojos verdes. No le causaba la impresión que debiera sentir ante la hija de su amante, sino la aversión que inspira una rival.

La muchacha se rehizo y le preguntó con la voz aguda y la decisión masculina que había en ella. Matilde, ya decidida á todo, en su desesperación, empujó la puerta; penetró en aquella casa, y respondió:

—Necesito ver á Alfredo.

—Mi padre no está en casa.

—Le esperaré.

—Yo no puedo consentirlo...

—Pues esperaré, á pesar de usted, puesto que estamos solas las dos.

Se midieron con una mirada de desafío. Al fin, Coralía dijo:

—No tiene usted derecho á estar aquí. Esta es la casa de Alfredo Girón y de sus hijos.



—Pues entonces—dijo Matilde, dando suelta á su tendencia melodramática y llevando las manos, acariciantes, á su pobre vientre flácido—, yo estoy en mi casa. Llevo un hijo de Alfredo en mis entrañas.

La joven palideció aún más. Aquel arma que la otra le tiraba á la cabeza parecía anonadarla. Por un momento fué Matilde la triunfadora, en el pasillo de papel arrancado en jirones, sin muebles ni perchero, de la casa miserable donde vivía su poeta.

Coralia se repuso, y dijo:

—En ese caso..., es preciso que hablemos con calma..., pero no aquí... Voy á ponerme un sombrero y nos iremos á cualquier parte para conversar.

Entró en una habitación cercana, donde Matilde vislumbró viejos muebles revueltos con ropas tiradas por todas partes y una sucia cama sin hacer.

Volvió á experimentar el sentimiento de repugnancia hacia aquel hombre, que resultaba más hediondo cuanto más se profundizaba en su vida. Su espíritu, que vestía con falsas galas de poeta, debía ser también así de sórdido, de sucio, de repugnante.



VII

Quien hubiera visto á las dos jóvenes sentadas en un rincón del Café de Oriente, hubiese creído que se trataba de dos amigas que se confiaban amablemente sus secretillos.

—Me da usted lástima—le dijo Coralía, cuando hubieron pedido el café y se encontraron solas, volviendo á recuperar su primacía sobre la infeliz.

—¿No me aborrece usted?

—No. Ese sentimiento ha pasado ya; tal vez lo he exagerado un poco en los primeros momentos; pero es que usted ignora, sin duda, que mi madre vive.

—No sabía...

—Creo que es mi deber revelarle á usted todo lo que le ha ocultado mi padre.

—Se lo ruego...

—Pero desde luego que es menester que usted comprenda que no debe tener esperanza. Mi padre es un hombre terrible, un poeta; engaña de buena fe, creyendo él mismo en los amores que se forja... Pero mi padre no ama á nadie más que á sus hijos.

—¿Sus hijos! ¿Tiene más?

—Mi hermano Juan.

—¡Y me había hecho creer que era soltero, que una vez vió dar á luz á una perra!...

La jóvencita soltó una carcajada, impropia de las circunstancias. Se veía en sus ojos fríos, en su actitud, un dominio impropio de su edad juvenil, que rayaba en el cinismo.



Quien hubiera visto á las jóvenes sentadas en un rincón del Café del Oriente, hubiese creído que se trataba de dos amigas...

—¡Sus engaños de siempre! ¡Y las mujeres son tan crédulas!...

—Dígame usted todo.

—Mi padre es casado con una francesa, que es mi madre. Ella no tuvo carácter para sufrirlo..., y como es muy bonita..., fué ella la que lo dejó..., y no quiere ni oír hablar de él...

—¿Pero usted?

—Yo estaba con ama... A mi madre le resultaba un estorbo... Mi padre me llevó consigo..., y yo, que me he criado á su lado, adoro á mi padre..., es mi pasión única.

Sus ojos verdes brillaban con una extraña luz.

—Pero me ha dicho usted que tenía un hermano,

—Juan. Es menor que yo. Hijo de mi padre, pero no de mi madre.

—¿Tuvo otra amante?

—Cuando mi madre le abandonó, mi padre sintió el peso del deshonor, porque allí, como en España, los hombres se consideran deshonrados si les engaña la esposa, que es precisamente cuando ellos son inocentes. Pero eso y robar, si se les prueba, es lo único que deshonra á los hombres. El tener hijos y abandonarlos, mentir, engañar, deshonrar mujeres, eso no tiene importancia. Da gana de ser hombre, ¿verdad?

Matilde esperaba el fin de la digresión casi sin oírlo.

—Le ruego á usted que me lo cuente todo.

—Le decía que mi padre, para ocultar su deshonor, se marchó de Palermo á Nápoles. Allí tenía familia, y se enamoró perdidamente de una prima suya... La familia se oponía, pero huyó con ella y fueron á establecerse en Pisa. Allí nació Juan.

—¿Y esa mujer?

—No tardó en notar que su primo no la amaba ya. Sintió celos de una jovencita de diez y seis años cuya gracia juvenil trastornaba á mi padre, y un día le disparó un tiro en la cabeza y la mató.

Matilde estaba horrorizada.

—¿Y esa mujer?

—Ha muerto de pulmonía, en la cárcel. Fué entonces cuando mi padre, mal considerado en nuestro país por sus ideas y por su vida, recogió al niño y vinimos á España.

—¿Y usted por qué me tenía ese odio?

La joven vaciló:

—Había pensado que mi padre le amaba á usted. Ahora, que sé la verdad, me causa usted pena.

—¿No me ama?

—No.

Matilde sollozó.

—Sea usted fuerte, para que no llamemos la atención.

—Es que usted no sabe la manera tan villana con que ha procedido su padre de usted.

Y antes de que Coralía le pudiese contestar, ella, como torrente que se desborda, se lo contó todo, toda su pobre vida triste, segada y marchita cuando sentía la savia salvadora y vivificante que podía hacerle retoñar.

Coralía la oía con el rostro algo contraído, per inmóvil, fumando un cigarrillo, con un gesto des-
envuelto, algo avieso, que le recordaba, con ligeros vislumbres, el gesto de Alfredo.

—Es que yo también tengo un hijo, un hijo de su carne, de su amor..., y yo, que por mí tengo que resignarme, necesito pedir para ese hijo..., conservar un padre.

La joven se puso de pie.

—Yo creo que usted tiene ese derecho—dijo— y soy yo misma la que le quiero hablar á mi padre. No dude usted de que sabrá cumplir su deber.

—Entonces?

—No tenga impaciencia. Espere tranquila y confiada... Yo le comunicaré su resolución.

La pobre Matilde creía ver una promesa en esas palabras. Creía comprendida su juventud y su amor por aquella otra alma juvenil. No pensaba en la diversidad de sentimientos de la extranjera.

Se apoderó de su mano y quiso besársela; pero ella la retiró con violencia, y mientras Matilde pagaba el consumo, salió del café, sin esperarla.

VIII

Esperó en vano dos semanas, día tras día. No recibía ninguna noticia. Parecía que Alfredo no estaba en Madrid; no parecía por ninguna parte. Nadie le daba razón de él. Entonces le escribió á Coralía, y no le contestó. Le escribió á él cartas repetidas y conmovedoras. El mismo silencio.

La joven se exaltaba cada día más. Aquel estado de espíritu, unido á la avaricia de la tía, que no le daba de comer, hacía que los nervios dominasen cada vez más en su organismo debilitado.

Tomó su partido de volver á casa de Alfredo. Pero esta vez fué en vano que subiera aquella interminable escalera y llamase á la puerta apollillada. No le abrieron. Desesperada, llamó á golpes con las manos, con los pies. No respondía nadie. Entonces sacó de su bolsillo un pequeño corta-plumas y lo introdujo en la mirilla. Haciendo de palanca, logró darle la vuelta á la ligera placa de metal. Miró. Estaban allí, en el fondo del pasillo, replegados y en silencio, como criminales que se ocultan, Coralía, Alfredo y un muchachote desgarbado, que debía ser el hijo. Los veía á favor de la claridad del piso quinto, iluminado por el sol.

Entonces ella les llamó, les apostrofó, les insultó... Hubiera querido tener un revólver, para disparar por aquella abertura...

De pronto sintió unas manos que le sujetaban los brazos. El portero, con los guardias, estaban allí para velar por los derechos sagrados del domicilio. Sin duda estaba aquello preparado. Había caído en un lazo, y la llevaron á la Comisaría.

IX

Ahora estaba sola, abandonada de todos. Había confesado en la Comisaría el móvil que la llevaba á llamar á la puerta de aquel hombre que le había llamado esposa y le había dado un derecho á su amparo y á su domicilio. Los periodicos publicaron el *suceso*, y la tía, severa, impecable, católica y virtuosa, no pudo consentirla más tiempo bajo su techo, á pesar de la falta que le hacía como enfermera para curarle los forúnculos del cuello y las llagas de las piernas. Su rectitud estaba sobre todo.

La familia estaba indignadísima. El hermano mayor, que se acordaba entonces de su condición de *jefe de la familia*, se atrevió á pegarle, y hablaba de buscar á Alfredo y vengar el honor.

Los otros hermanos le volvían la espalda, si la encontraban en la calle, haciéndole sentir su desprecio y lanzándole insultos entre dientes. Sólo la tímida Socorrito la miraba con ternura, pero sin atreverse á exteriorizarla.

Fué en vano que tratase de visitar á sus amigos. El tutor la insultó y la puso en la calle. En las casas donde iba no la recibían. Las amigas solteras fingían no verla, para no saludarla, aunque á veces le lanzaban á hurtadillas miradas de curiosidad y quizá de envidia.

Al cumplir la semana la echaron del teatro. No era cosa de privar á la primera actriz de uno de los miembros de su corte de autores, por conservar una racionista.

Se vió sola, acorralada. Sólo los hombres le ofrecían protección, mezclada á inequívocas galanteerías, groseramente desembozadas, como dirigidas á mujer que ya no merece la consideración. La miraban como mujer destinada á la diversión de todos, sin comprometerse con ella á nada. Sólo la gran dignidad de la joven les imponía, á pesar suyo, respeto y paralizaba las osadías.

Era preciso que Alfredo la viese así. Le escribió carta sobre carta: Su amor le disculpaba aún. Le creía víctima de su credulidad á los enredos que suponía obra de Coralia. Alfredo amaba á su hija y estaba engañado por ella. Si se vieran, él volvería á sentir aquella pasión, que no era posible que se hubiese extinguido en su alma.

Le rogaba, le suplicaba; le pedía una cita, sin obtener respuesta.

Y aquella noche, al volver la esquina de la calle del Príncipe, vió la silueta torcida de Alfredo que doblaba la esquina de la calle del Prado.

Corrió, gritando, hasta alcanzarle:

—¡Alfredo, Alfredo!

El se vió obligado á detenerse. Su mirada buscó en torno suyo de una manera tan cobarde que se vió en sus ojos la imagen del miedo á un atentado y la ruindad de pensar en pedir auxilio.

Ella le alcanzó:

—¡Alfredo!...

Súplica desgarrada, amor inmenso, tristeza y dolor inconmensurables iban envueltos en las tres sílabas.

El compuso su semblante y le preguntó con frialdad:

—¡No sé qué puede usted querer ya, señorita!

Matilde le había cogido del brazo, en actitud suplicante, y le imploraba:

—¡Ten piedad de mí!



*Corrió, gritando, hasta alcanzarle:
—¡Alfredo, Alfredo!*

Algunas personas comenzaban á volver la cabeza hacia el grupo. El se dió cuenta, y le dijo:

—Si á usted no le importa un espectáculo, á mí sí me importa. Venga.

La arrastró hasta la cervecería cercana.

—¡Alfredo, por caridad, yo no puedo vivir así amor mío!

—Déjate de declamaciones. ¿Qué deseas?

—¡Que me ames, qué tengas lástima de mí!

Con voz breve, cálida, la infeliz le contó sus dolores, sus humillaciones, su vergüenza. La situación en que se encontraba: abandonada, despreciada por todos como una criminal; encinta y viendo con terror desaparecer sus pobres ahorros, sin saber dónde encontrar trabajo.

La oía fríamente, cínicamente, sin conmoverse. Al fin, dijo:

—Pero tú sabías que yo no soy rico. Poco puedo hacer por ti.

Sintió el latigazo de aquellas frases.

—Es que yo no te pido una limosna; me has dicho que yo era tu esposa; quiero compartir tu pobreza...

—¡Vamos, vamos!... Tú estás loca. Eres una mujer terrible. Yo debía haber mirado antes el atolladero en que se mete un hombre con una mujer así...

—¿Pero qué dices?

—Tú sabes que tengo mis hijos..., mi vida... Yo no te he causado esos perjuicios que dices... Es la fatalidad... Y no soy hombre á propósito para soportar que por haber amado á una mujer, ésta se convierta en una garrapata, que no deje á uno libre jamás.

Ella estaba anonadada. Le veía tal como era, no como le había fingido su ensueño, y sentía repulsión y asco por aquel hombre. Un sentimiento

de desprecio y repugnancia que la libertaba de su dolor. Aquel no era Alfredo; estaba frente á una de esas novelas en las que el héroe bueno es asesinado por el lacayo que usurpa su nombre. Su Alfredo había muerto y estaba suplantado por aquel otro Alfredo falso, que no le dejaba ni siquiera el refugio de un recuerdo santo, de algo de su pasado que venerar.

Sin embargo, hizo un esfuerzo:

—No te pido por mí, Alfredo; pero tenemos un hijo. Ya que á mí no me quieras, haz que en lo porvenir los hermanos se conozcan y no se odien. Háblales á tus hijos del hermanito que va á nacer inocente, indefenso... ¡Que no le odien!

Sonrió cínicamente:

—El último recurso de todas. ¡El hijo! Por amarrear á uno, son capaces de presentar un hijo, que ni siquiera saben de qué padre es.

Soltado el grosero insulto, aprovechó el desconcierto y el anonadamiento de la joven; se levantó; echó un duro sobre la mesa, para pagar el gasto, y desapareció, con su figura torcida, cortando el aire, con rapidez extraordinaria.

Cuando Matilde quiso darse cuenta, ya estaba lejos. El camarero la miraba con una expresión entre compasiva y burlona. Sin duda no le eran extrañas esas escenas.



X

Ahora, sola en su pobre habitación de la casa de pupilas barata que había encontrado, una de esas inverosímiles casas de pupilas cuyo tipo existe sólo en España, cosía la camisita de tela fina, pequeña como para un muñeco, pero cuidando de no hacer costuras que pudiesen lastimar una carnicita mantecosa, rosa y tierna, cuyo calorcito agradable creía ya percibir bajo su aliento, igual que ese olor á óleo de los recién nacidos.

El tormento del amor á Alfredo se había acabado con su desprecio. Su alma ansiosa, su ensueño romántico, obcecado, que le daba á la mirada la expresión sonámbula, se refugiaba en el hijo. El que se considerase espúrea su maternidad, la irritaba. ¿Por qué no había de ser honrada la madre soltera, lo mismo que todas aquellas casadas que paseaban con un orgullo de triunfo y de superioridad sus vientres plenos, creyéndose acreedoras, por ello, á una mayor consideración?

Sentía la rebeldía inmensa contra los arraigados prejuicios sociales, que, por un hecho realizado entre dos personas, arrojan todo el baldón, el oprobio y el deshonor sobre una sola.

Y esa desdichada que sufre el peso del enorme fardo de duelo y miseria, es la más débil, la que no ha inducido á la otra, la que arrostra los dolores, el sufrimiento, la que no abandonará al hijo, lo criará, lo educará, le consagrará su vida y su trabajo, renunciando á todo por él. Y, sin embar-



...costa la camisita de tela fina, pequeña como para un muñeco, pero cuidando de no hacer costuras que pudiesen lastimar una carnicita mantecosa, rosa y tierna...

go, ella será la deshonrada, la que por más que haga no recobrará jamás la estimación. Su propio hijo le echará su falta en cara, mientras el padre desnaturalizado, el seductor, el que abandona al hijo, el que se hurta á la responsabilidad contraída, sigue siendo la persona honorable, al que todos estrechan la mano.

La revolvió ese absurdo de la moral acomodaticia de las personas virtuosas.

Quería vivir sólo para su hijo. ¡Si al menos el padre estuviese sano! Lo perdonaría todo con tal de verse con un hijo sano ó inteligente en su regazo. Hijo sólo suyo, engendrado en su amor, sin necesidad de padre alguno.

Su único pesar era que aquel hombre que había abusado de su inocencia fuese un extranjero. La condición de extranjero le agigantaba. Si un español cometía una falta semejante, tenía su parte de castigo en la deshonra de su propia raza, de la mujer semejante á su hermana y á su madre. Pero el extranjero era otra cosa; se agravaba todo más. Era un abuso á la tierra que le acogía, á las personas que le tendían la mano. El extranjero se burlaba así de la nobleza, de la virginidad de toda la raza, que ella, en su noble orgullo castellano, consideraba superior. Le afligía la idea de tener el hijo de un ser inferior, de un macaco.

Su situación económica, asustadora, no la espantaba. Era joven, saludable, instruída: trabajaría.

En algunos momentos veía las dificultades, pero sentía su fuerza. Sabría ganar para su vida y para el desdoble de su vida. ¿Cómo? ¿En qué? ¿Quién podía decirlo! Pero sabía que de un modo ó de otro realizaría su misión de madre.

Honrosamente, ó en una espantosa degradación, sostendría al hijo. Gozaría de aquella última y amarga felicidad en la sombra y el oprobio, despreciada de todos, negada por los suyos... Y mientras, no faltarían gentes que, blasonando de rectas y morales, estrechasen la mano al extranjero.

FIN

La Novela Semanal

OBRAS PUBLICADAS

1. **Puesta de sol**, por Vicente Blasco Ibáñez.—2. **La venganza del recuerdo**, por "El Caballero Audaz".—3. **Memorias de un vagón de ferrocarril**, por Eduardo Zamacois.
4. **El café de camareras**, por Antonio de Hoyos y Vincent.—5. **La sirvienta**, por José Francés.—6. **La conversión de Florestán**, por Emilio Carrère.—7. **Un viaje en el «metro»**, por Joaquín Belda.—8. **La miel**, por Alberto Insúa.—9. **Aire de muerto**, por Wenceslao Fernández Flórez.—10. **Ladrón de vida y de amor**, por Felipe Sassone.—11. **Mujeres solas**, por Cristóbal de Castro.—12. **El drama de la señorita Occidente**, por Alfonso Hernández Catá.—13. **La monja de cera**, por Rafael López de Haro.—14. **Cuarto menguante**, por Ramón Pérez de Ayala.—15. **El artículo 438**, por Carmen de Burgos "Colombina".—16. **La niña de México**, por José Ortega Munilla.—17. **El alma de Sixto**, por Eduardo Marquina.—(EXTRAORDINARIA). **El héroe de la legión**, por "El Caballero Audaz".—18. **La doncella de la risa y el llanto**, por Tomás Borrás.—19. **El hombre que todo lo sabía**, por Manuel Linares Rivas.—20. **La diablésa**, por Luis Antón del Olmet.—21. **La viuda de Ferrin**, por Juan Pérez Zúñiga.—22. **Roto el encanto**, por Vicente Díez de Tejada.—23. **La chica de la Arganzuela**, por Antonio Casero.—24. **La novia escamoteada**, por Rafael Cansinos Assens.—25. **La espada del Duque de Alba**, por Diego San José.—26. **Una buena acción**, por Eduardo Zamacois.—27. **Luz de ocaso**, por Augusto Martínez Olmedilla.—(EXTRAORDINARIA). **La misma sangre**, por Juan Ferragut.—28. **Cumbres al sol**, por Concha Espina.—29. **Historia cómica de un pez chico**, por Luis Bello.—30. **La paz del camino**, por "El Caballero Audaz".—31. **Miopita**, por Antonio Zozaya.—32. **El desquite del alma**, por Julián Fernández Piñero.—33. **El fado del paño d'Arcos**, por Andrés González-Blanco.—34. **La mala pasión**, por Emilio Carrère.—35. **María, ó la hija de otro jornalero**, por Eduardo Barriobero.—(EXTRAORDINARIA). **Bajo el sol enemigo**, por Antonio de Hoyos y Vincent.—36. **Lo que está de Dios**, por Pedro Mata.—37. **152-226 de Jordán**, por Joaquín Belda.—38. **El Evangelio del amor**, por Enrique Gómez Carrillo.—39. **La novia del estudiante**, por Alberto Valero Martín.—(EXTRAORDINARIA). **Lupo, sargento**, por Carlos Micó España.—40. **El escapulario**, por Alvaro Retana.—41. **La hija de C. onwell**, por Cristóbal de Castro.—42. **El**

ombligo del mundo, por Ramón Pérez de Ayala.—43. **La duquesa Ofidia**, por Rafael López de Haro.—44. **La voluntad de los otros**, por José Francés.—45. **La mujer de sal**, por Tomás Borrás.—46. **El Romántico de aldea**, por Guillermo Diaz-Caneja.—47. **El talismán de Napoleón**, por "Andrenio".—48. (EXTRAORDINARIA). **El sacrificio**, por Emilio Carrère.—49. **La mujer y la música**, por Alberto Insúa.—50. **El pobre fenómeno**, por Antonio de Hoyos y Vinent.—51. **La familia Gomar**, por Wenceslao Fernández Flórez.—52. **El sueño es vida**, por Eugenio d'Ors.—53. **La virgen salvaje**, por E. Carrasquilla Mallarino.—54. (EXTRAORDINARIA). «**El 98**», por Luis Antón del Olmet.—55. **Princesa Rusa**, por Sofía Casanova.—56. **Las mismas palabras**, por Roberto Molina.—57. **A orillas del Manzanares**, por Antonio Casero.—58. **La modelo de Eva Senemberg**, por Antonio G. de Linares.—59. (EXTRAORDINARIA). **Horas Locas**, por Eduardo Zamacois.—60. **En el pasillo**, por Joaquín Beida.—61. **Rosa María**, por Alberto Valero Martín.—62. **Culpa en la sombra**, por E. Contreras y Camargo.—63. **El gigante**, por A. Hernández Catá.—64. **La suprema ley**, por R. López de Haro.—65. **La manzana podrida**, por V. Díez de Tejada.—66. (EXTRAORDINARIA). **Jandra y el cosaco**, por Cristóbal de Castro.—67. **Las inquietudes de Blanca María**, por Emilio Carrère.—68. **Margot quiere ser honrada**, por Ceferino R. AVECILLA.—69. **La casa cerrada**, por E. Marquina.—70. **Rosarito**, por J. Ortiz de Pinedo.—71. **Veintitrés encarnado impar y pasa**, por Felipe Sassone.—72. (EXTRAORDINARIA). **Los instintos**, por Antonio Zozaya.—(EXTRAORDINARIA). **Los Caballeros de Alcántara. En las tierras de odio y sangre**, por Antonio de Lezama.—73. **El Fiscal**, por Luis Cánovas.—74. **El último trofeo**, por R. Casinós Assens.—75. **Expiación**, por Augusto Martínez Olmedilla.—76. **Detrás de la Cruz**, por José Francés.—77. **El Hechizo de la Farándula**, por Alejandro Larrubiera.—78. **De Capellán a Guerrillero**, por Diego San José.—79. **La última noche del Capitán Martín Avila**, por Emilio Carrere.—80. **La Argolla**, por Antonio de Hoyos y Vinent.—81. **El marido no quiere...**, por Eduardo Zamacois.—82. **Los hijos no son una propiedad**, por Fernando Mora.—83. **Los comedores de agraz**, por Vicente Díez de Tejada.—84. **¡Cu-Cúl!**, por Cristóbal de Castro.—85. **El hermano**, por Manuel F. Lasso de la Vega.—86. **El nido del Amor y de la Muerte**, por Luis Antón del Olmet.—87. **La Mascota Rubia**, por Juan José Lorente.—88. **De lejos**, por Germán Gómez de la Mata.



LA NOVELA SEMANAL

PRECIOS DE SUBSCRIPCIÓN (PAGO ANTICIPADO)

MADRID Y PROVINCIAS

Año 12 ptas.
Semestre 7 —

EXTRANJERO

Año 18 ptas.
Semestre 10 —

PORTUGAL, AMÉRICA Y FILIPINAS

Año 14 ptas.
Semestre 8 —

Los señores subscriptores de provincias pueden efectuar los pagos por medio de Giro Postal; sellos de correos ó sobre monedero

B. Dip. Almería

AL-821-BUR-ext



1000823

223

